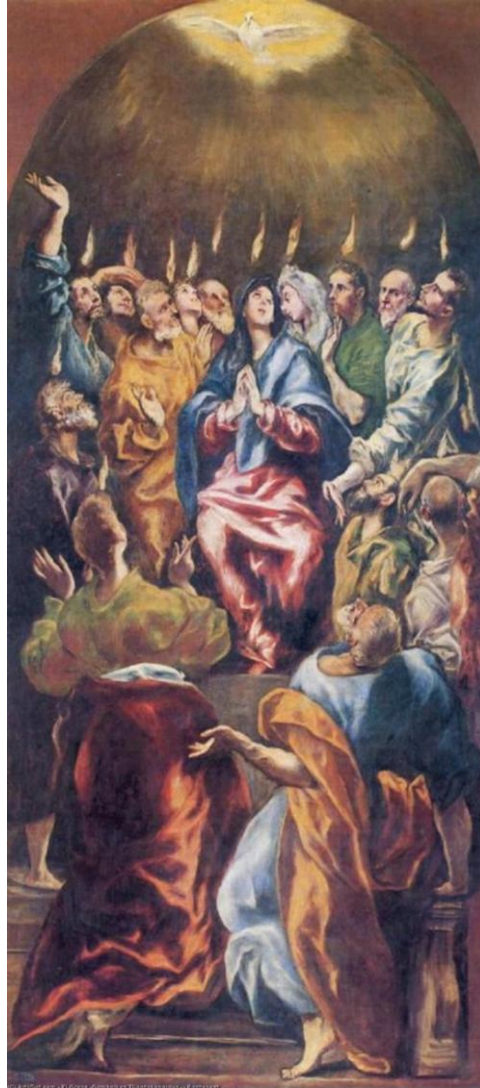


EL FUEGO DEL ESPÍRITU SANTO



Venida del Espíritu Santo, Doménikos Theotokopoulos (El Greco), óleo, 1600. Museo del Prado, Madrid

“Jesús dijo a sus discípulos:

Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo! Tengo que recibir un bautismo, ¡y qué angustia siento hasta que esto se cumpla plenamente!

¿Piensan ustedes que he venido a traer la paz a la tierra? No, les digo que he venido a traer la división. De ahora en adelante, cinco miembros de una familia estarán divididos, tres contra dos y dos contra tres: el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra”. Lc 12,49-53

El Evangelio de este domingo contiene palabras pronunciadas por Jesús que nos pueden parecer “insólitas”: “¿Piensan ustedes que he venido a traer la paz a la tierra? No, les digo que he venido a traer la división...”.

¿El que dice estas palabras es el mismo Jesús cuyo nacimiento había suscitado la alabanza de los ángeles “¡En la tierra, paz a los hombres que ama el Señor!” (Lc 2,15), y que durante su vida había proclamado: “Felices los que trabajan por la paz” (Mt 5,9)? ¿Contradicción?

La primera víctima de esta “contradicción”, el primero en sufrir la “división”, será precisamente el que ha venido a traer a la tierra el amor y la comunión, Jesucristo, que perderá la vida en su lucha por la Paz.

Podemos diferenciar dos “tipos” de paz: una verdadera y una falsa, que en realidad no es paz. El Señor dice a sus discípulos: “Les dejo la Paz, les doy mi Paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman!” (Jn 14,27).

Cuando con su muerte y resurrección destruye la falsa paz -que es solidaridad de la humanidad con el mal y en el pecado- Jesucristo inaugura la nueva Paz y comunión que es fruto del Espíritu Santo. Ésta es la Paz que ofrece a los discípulos la tarde de Pascua: “Shalom!”, “¡Paz a ustedes!”. Entonces sopla sobre ellos el fuego de amor del Espíritu Santo.

El impacto de la contradicción hiere todas las relaciones humanas, familiares, comunitarias, internacionales,... “El amor, que querría y podría conducir a los hombres a la unidad, los divide a causa de su resistencia” (Urs von Balthasar). Dentro de nuestro propio ser, el impacto llega profundamente y se configura como lucha entre la carne y el espíritu, entre el reclamo del egoísmo y el llamado al don por amor. La división y el conflicto comienzan dentro de nosotros. Pablo lo explica por propia experiencia de su debilidad y porque ha sabido responder al fuego del Espíritu: “Yo los exhorto a que se dejen conducir por el Espíritu de Dios, y así no serán arrastrados por los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Ambos luchan entre sí, y por eso, ustedes no pueden hacer todo el bien que quieren. Pero si están animados por el Espíritu, ya no están sometidos a la ley. Si vivimos animados por el Espíritu, dejémosnos conducir también por él” (Gal 5,16-18.25).

“El fuego que según el evangelio Jesús ha venido a prender en el mundo, es el fuego del amor divino, que debe alcanzar a todos los hombres. A partir de la cruz, su gran “bautismo” comenzará a arder. Pero no todos se dejaron inflamar por la exigencia absoluta e incondicional de este fuego del amor, de manera que el amor, que querría y podría conducir a los hombres a la unidad, los divide a causa de su resistencia. Más claramente que antes de Cristo, la humanidad entera se dividirá en dos reinos, bloques o estados, lo que Agustín designa como la «ciudad de Dios», dominada por el amor, y la «ciudad de este mundo», dominada por la concupiscencia. Jesús muestra que la división rompe los vínculos familiares más íntimos y, según refiere Pablo, a menudo atraviesa incluso los corazones de los hombres, donde la carne lucha contra el espíritu (Gal 5,17). Pablo aclara apenado “ni siquiera entiendo lo que hago, ... no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Rom 7,15.19). Pero esto no es para Jesús ni para Pablo una trágica fatalidad, sino una lucha que ha de mantenerse hasta la victoria final. Porque el amor y el odio no son dos principios igualmente fuertes y eternos (como pensaban los maniqueos), sino que **nosotros podemos “vencer al mal haciendo el bien” (Rom 12,21), para lo cual Dios nos da la fuerza de su Espíritu Santo**.” Hans Urs von Balthasar

Dra. Cristina Muñoz